

Una temporada entre la salud, la enfermedad y la disparidad



Lenox Hill

Creadores: Ruthie Shatz y Adi Barash, E.U., 2020



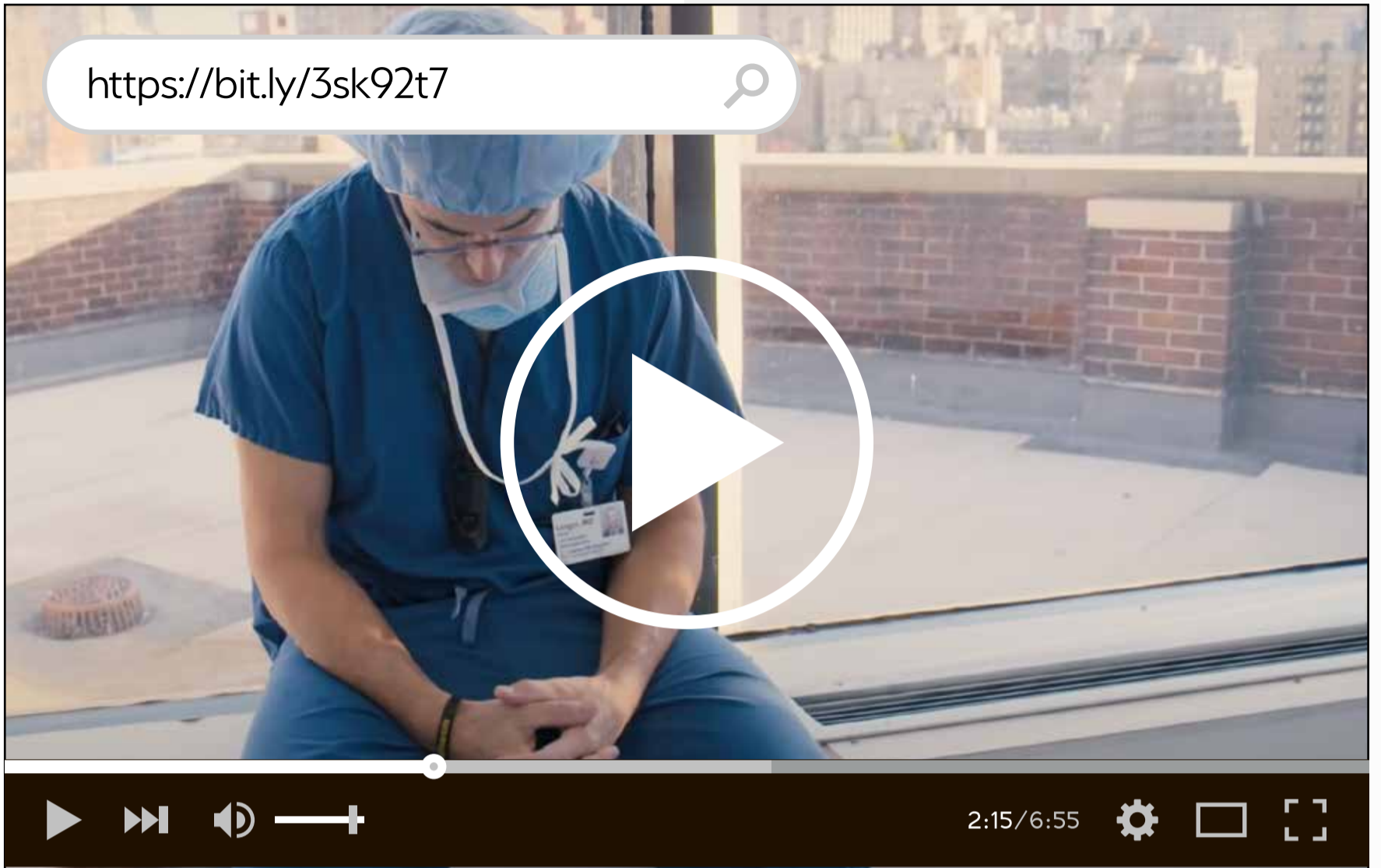


La pareja de realizadores Ruthie Shatz y Adi Barash junto con un reducido equipo de producción, convivieron durante 19 meses con cuatro médicos del hospital Lenox Hill, en Nueva York.

Al comenzar el primer capítulo de *Lenox Hill*, vemos unas manos enfundadas en guantes de látex que lavan cuidadosamente una cabellera. Pertenece a una paciente que está acostada en una cama de operación. El médico que la acaba de operar le pide que mueva los pies y que la oprima la mano. No de inmediato, la joven responde. El médico declara: "va a estar bien".

Esta escena no estaría fuera de lugar en *ER* o *Grey's Anatomy*, series de ficción que han buscado retratar el drama de las vidas de los médicos dentro y fuera de los hospitales. Pero hay detalles que revelan que estamos viendo algo distinto: la sala de operaciones es un laberinto de aparatos electrónicos cubiertos con plástico y tela azul, y no un despliegue llamativo de botones y tubos. La palidez de la paciente, su laxitud, el tono rojizo del agua que escurre de sus cabellos, difícilmente pueden ser emulados con actrices y maquillaje.

Momentos como este son frecuentes a lo largo de *Lenox Hill*, serie documental de la pareja de realizadores Ruthie Shatz y Adi Barash, quienes, al mando de un reducido equipo de grabación, convivieron durante 19 meses con cuatro médicos del hospital que le da nombre a la serie: los neurocirujanos David Langer y John Boockvar, la residente del área de ginecoobstetricia Amanda Little Richardson, y la urgencióloga Mirtha Macri.



Langer y Boockvar son, respectivamente, jefe y subjefe del departamento de neurocirugía del hospital. Lenox Hill tiene una larga historia. Su antecesor, el German Dispensary, fue fundado en 1857, y en 2010 fue adquirido por el grupo Northwell Health. Este contrató a Langer para fundar el departamento que hoy dirige. Según relata Langer, Lenox Hill destacaba ya por sus servicios de ginecoobstetricia y cardiología: era “un hospital de señoras mayores” al cual la gente acudía “para nacer y para morir”. Hoy, Lenox Hill ocupa el lugar 44 en la lista de los mejores hospitales de neurocirugía, según la lista que elabora U.S. News.

En un campo tan complejo y desafiante como el de la neurocirugía, las buenas noticias llegan a cuentagotas. Más que la vida o la muerte, lo que está en juego en muchos casos es ganar algunos meses de sobrevivida que, por ejemplo, le permitan a Jack, un hombre con un tumor en el cerebro, asistir a la boda de su hija. Incluso los casos exitosos, como el de Mitzie, una policía de Tennessee a quien le retiran exitosamente un tumor en el cuello, tienen consecuencias indeseadas: en el curso de una de las operaciones, que ha sido aparentemente exitosa, sufre un derrame que a la postre la deja incapacitada para trabajar. Las pérdidas son frecuentes y se acumulan,

pero, explica el doctor Boockvar, la única manera de enfrentarlas es seguir adelante.

Langer y Boockvar trabajan afanosamente. Realizan operaciones que otros hospitales se niegan a hacer, consiguen que algunos pacientes formen parte de ensayos clínicos de tratamientos prometedores para distintos tipos de cáncer. A la vez, deben lidiar con la enfermedad de unos de sus compañeros de trabajo, o con las dificultades administrativas que implica dirigir un área en crecimiento.

Amanda Little Richardson cursa los últimos meses de su residencia y acaba de descubrir que está embarazada. Su pareja, Kevin, vive en California, y sus visitas periódicas a la ciudad, para estar presente en las consultas de seguimiento del embarazo, sirven también para ilustrar las difíciles elecciones que una joven doctora debe hacer, dejando de lado su vida personal para enfocarse en su carrera. Little es una voz empática y firme que ayuda a las madres primerizas –muchas de ellas jóvenes afroamericanas– a llevar a buen término partos que, como la serie muestra, no son por rutinarios procesos menos intensos y, en alguna medida, riesgosos. Little conoce de estos riesgos en carne propia, cuando se entera de que su hijo tiene un raro desorden genético.

Más abajo, a nivel de calle, la doctora Mirtha Macri atiende por las noches el área de urgencias. Al comenzar la serie se encuentra a unas semanas de dar a

luz, pero ni su embarazo ni su maternidad la convencen de alejarse por mucho tiempo de su trabajo. Ella enfrenta problemas poco complicados desde un punto de vista médico –un joven tiene un absceso en el área perianal; un hombre ha bebido de más–, pero lidia con otras dificultades que la escuela de medicina, dice, no enseña a atender. Muchos de las personas que acuden a Lennox Hill viven en situación de calle, otros son consumidores de drogas. Al escucharlos y buscar maneras de ayudarlos, de sortear las barreras de un sistema de salud del que están excluidos, Macri recuerda con cuánta frecuencia la atención de la salud no tiene espacio para los pacientes.

Pero Macri, lo mismo que Little, Langer y Boockvar, es buena en el ejercicio de comunicarse con sus pacientes. Muchos de los momentos más entrañables y sobrecogedores de la serie se dan en el espacio impersonal de un consultorio o una sala de partos, cuando los médicos y las médicas deben dar la buena noticia de que un bebé está sano, comunicar que los resultados de una intervención quirúrgica no han sido los esperados, o explicarle a un joven afectado por anemia falciforme que, a pesar del dolor continuo que experimenta, no puede recibir una dosis mayor de analgésicos controlados en una visita a la sala de urgencias, y que debe consultar a un especialista.

Aunque *Lenox Hill*, que puede verse en Netflix, evita en buena medida mostrar los aspectos más gráficos de

la práctica médica, es imposible no reaccionar con sobresalto ante ciertos instantes que transcurren dentro de las salas de parto y los quirófanos, e involucran el uso de instrumentos médicos. Al mismo tiempo, el espectador no deja de maravillarse ante el nacimiento de un ser humano o la fría precisión con la que un cirujano extrae un tumor de un paciente, al tiempo que habla con él y vigila su tomografía computarizada para cerciorarse de que no ha dañado áreas cruciales del órgano que está operando.

Puede reconocerse que los realizadores buscaron que hubiera paridad en el elenco central de la serie. No obstante, de manera voluntaria o no, *Lenox Hill* reproduce disparidades propias de la práctica médica en Estados Unidos y otras partes del mundo. Según datos de la American Medical Association, 82.5% de quienes practican la neurocirugía en Estados Unidos –y la totalidad de los médicos de ese departamento en Lenox Hill– son hombres, mientras que 83.4% de las ginecoobstetras son mujeres. Esta disparidad puede explicar por qué la serie se apega a una visión tradicionalista de los roles que hombres y mujeres juegan en el campo médico. Como ya se ha descrito, la mitad masculina de *Lenox Hill* es audaz y vanguardista. Realiza milagros quirúrgicos con un toque humano. Encarna los ideales de progreso e innovación, tanto en la ciencia médica

como en el hospital. La mitad femenina, por su parte, son madres y tienen funciones maternas: cuidan a los viejos, a los pobres, a los recién nacidos, a otras mamás; tienen “una mente abierta para entender cómo se siente está gente, qué necesitan y qué puedes hacer por ellos”, en palabras de Mirtha Macri. Son médicas competentes, son excelentes cuidadoras, pero lo suyo no es la ciencia de vanguardia.

Si la realidad demográfica no podía sortearse fácilmente, *Lenox Hill* podría haberse propuesto abordar la disparidad en voz de las propias doctoras y doctores; arrojar luz sobre las razones y los modos en que se manifiesta. En cambio, decide dejarla a la vista, pero no cuestionarla. En una serie que, por lo demás, hace un buen trabajo en mostrar con claridad los desafíos de las distintas especialidades, este cuestionamiento se echa en falta.

Lenox Hill se terminó de grabar en noviembre de 2019, antes de que se registraran los primeros casos de covid-19 y de que Nueva York se convirtiera, durante algunas semanas, en el epicentro de la pandemia. Un noveno capítulo más breve, grabado durante esos meses tumultuosos, muestra la radical transformación que Lenox Hill, como tantos hospitales en el mundo, sufrió con la llegada de la devastadora ola. Mirtha Macri, nuevamente embarazada, vuelve a un departamento vacío –como precaución, su esposo y su hijo se han ido a vivir temporalmente a

la casa de los padres de ella— luego de largas jornadas atendiendo a quienes no dejan de acudir a la sala de urgencias, con una enfermedad que apenas se está empezando a entender. El departamento de neurocirugía ve sus labores detenidas, y Langer y Boockvar se suman a la atención de casos de covid-19. El

personal médico de Lenox Hill se manifiesta en la calle para recordar a los compañeros de trabajo que han muerto luego de contagiarse en su labor. Todos responden al nuevo reto con dedicación y sacrificio, pero también con temor y ansiedad. En ese momento, cuidar es lo único que importa.